

na, y que en algún momento pensó dedicarse exclusivamente a la literatura dramática. Durante la guerra, el teatro se convirtió en un medio de formación y propaganda, y para Hernández fue otra manera de luchar contra los sublevados y los invasores fascistas. La derrota frustró después sus planes.

María Payeras Grau hace una glosa de *El hombre acecha*, como obra testimonial que aporta un hondo conocimiento del autor y de su época. Estudia la finalidad pragmática de los poemas como arma de combate, y desmenuza sus principales temas: la degradación del hombre a su condición animal, la visión idealizada de la naturaleza, el afán de libertad, el motivo de la sangre en su doble acepción de energía vital y de flujo mortal, el amor familiar, el heroísmo de la retaguardia, la defensa de Madrid, la exaltación de la Unión Soviética como patria espiritual común, etc.

Es también el *Cancionero y romancero de ausencias* el objeto de estudio de Javier Pérez Bazo. Comprobamos que es de gran atractivo para los hernandianos, seguramente por los problemas textuales que sigue planteando. Se centra en los versos de arte menor, para compararlos con las canciones y romances tradicionales de nuestra historia literaria. Señala sus recursos estilísticos, y la unión de forma y contenido en equilibrio estético. Glosa también «Ausencia en todo veo» de forma semejante a la de Morelli.

Nos lleva de nuevo al teatro Olga Perotti, con su artículo acerca del léxico rural empleado por Hernández en su obra dramática. Aunque ocupa 25 páginas, nos advierte que sólo utiliza una muestra reducida del material recogido. La manera de emplear ese lenguaje hace que la autora vea una significativa evolución en el uso y la funcionalidad dramática de los vocablos relativos al ambiente natural. Además, extrae una simbología de las palabras en buena parte heredada del habla popular.

## Política como poética

Por tercera vez enlaza Antonio Piedra la poesía de Hernández con la de Baltasar del Alcázar. Lo hace resaltando la coincidencia de algunas rimas en las mismas estrofas de sus respectivos poemas, como «homicida/vida». Como quiera que la ocurrencia de semejanzas es alta,

parece haber un eco cierto de lecturas, e incluso pudo haber un interés especial por parte del oriolano sobre el autor de la «Cena jocosa». Y si no es verdad, Piedra hace que lo parezca, de eso no cabe duda.

Vicente Ramos ha escrito para este volumen un texto que titula extrañamente «Defensa del hernandismo». Leídas sus 12 páginas comprobamos que lo que defiende es un cierto hernandismo, descalificador del que considera él «hernandismo sectario» (pág. 366). Para ello, remueve las mismas miserias humanas que ya ha encontrado el lector anteriormente. ¿Qué interés pueden tener las motivaciones por las cuales el hijo del poeta estudió en un colegio o en otro? Lo que importa es su poesía. Pero Ramos no habla de ella.

Conocemos dos libros de Jesucristo Riquelme sobre el teatro de Hernández. Aporta a este volumen de homenaje una propuesta de aproximación semiótica a su teatro social y alegórico. Explica una metalectura por la que el protagonista no se identifica con el autor, y propone que se califique de política toda la producción dramática hernandiana, aunque obedezca a criterios ideológicos enfrentados en su partidismo, pero con numerosas constantes: sentido de la libertad, justicia, solidaridad, etc.

José Carlos Rovira está llevando a cabo una paciente y excelente labor como editor y como estudioso del poeta. Por eso mismo hay quienes condenan su tarea, en este mismo volumen, sin ir más lejos. Pero él cabalga, y a menudo sobre las cabezas de sus detractores. Con Carmen Alemany ha catalogado los materiales que la viuda del poeta depositó en el Archivo Histórico de Elche, y los dos siguen ahora analizándolos para conseguir editar unas obras completas fiables de Hernández. En este texto apunta el método que están empleando en esa tarea.

Sobre los sonetos del toro en *El rayo que no cesa* trata el artículo de Manuel Ruiz-Funes. Encuentra un hilo conductor de unión entre todos ellos, que va desde la vida exultante hasta la muerte, pasando por diferentes estados, desde los físicos a una interiorización total. Por eso considera estelares a esta serie de sonetos en la escritura hernandiana al resumir toda su cosmovisión. El tema del toro y también el del torero son recurrentes en su obra desde sus comienzos mismos, y al trabajar en la redacción de la enciclopedia *Los toros* tuvo que agudizarse su presencia.

José Antonio Sáez aborda el estudio de las prosas que escribió Hernández principalmente entre 1932 y 1934, que han recibido varias calificaciones: poemas en prosa, prosas líricas o prosas poéticas. El autor prefiere la segunda, y deduce que debido a sus vínculos temáticos y estéticos debieron nacer con voluntad de formar un libro. Reflejan el entorno paisajístico, familiar y laboral del autor, bajo el influjo estético de Gabriel Miró. Tiene un vocabulario lleno de imágenes, conceptos y nuevos giros ese joven escritor que a pesar de todo conocía entonces la dicha.

Cronista de la poesía de la guerra española, a la que ha dedicado un libro, Serge Salaün analiza aquí *Viento del pueblo* como Eros en la guerra. Señala que el Eros hernandiano articula todas las manifestaciones de la calidad de hombre, y su ejercicio conjuga cuatro niveles: la dimensión afectiva y sexual, la dimensión social y profesional, la dimensión metafísica o política, y la dimensión poética o verbal. La guerra representa la eclosión del Eros.

El editor de una de las ediciones de *Poetas completas* de Hernández mejor preparadas, Agustín Sánchez Vidal, publica y comenta dos poemas inéditos primerizos dedicados a Murcia. El primero resulta casi imposible de reconstruir, pero el segundo, «A la muy morena y hermosa ciudad de Murcia», en tercetos encadenados, manuscritos, es perfectamente legible. Se reproduce el autógrafo, y el articulista hace un análisis textual cuidadoso.

Finalmente, Virtudes Serrano se interesa por un asunto tópico y también tratado por otros colaboradores del volumen: la elegía en la obra hernandiana. Alude tanto a las incluidas en la lírica como en la dramática. Si el amor y la muerte son temas clave en esa obra, comenta la autora que se dan juntos en la elegía, por lo que sirven de resumen expresivo de su escritura.

Coincidió con la aparición de este volumen de *Estudios sobre Miguel Hernández* la de una *Antología poética*, de su obra lírica y dramática, seleccionada, prologada y anotada por Francisco Javier Díez de Revenga<sup>3</sup>. Resulta muy completa la selección, y tanto la trayectoria vital como la obra quedan bien resumidas y comentadas. Son de lamentar las erratas, como el convertir a Guerrero Zamora en un tal Juan de Zamora (pág. 30), y algunos deslices, como la anotación (pág. 168) a un soneto de *El rayo que no cesa*, editado en 1936, con refe-

rencia al influjo de *Sombra del paraíso*, de Aleixandre, escrito entre 1939 y 1943 y editado al año siguiente, cuando Hernández llevaba dos muerto: de haber dependencias, será la fauna aleixandrina la que derive de la hernandiana, y no al revés.

**Arturo del Villar**

## El jardín de las dudas\*

**E**ste nuevo libro de ficción de Fernando Savater, planificado como una biografía novelada de Voltaire, ha resultado finalista del Premio Planeta de novela del año pasado, y está obteniendo al parecer un éxito de ventas considerable, a juzgar por el número de ediciones realizadas. Por ello, esta crítica llegará tarde en su función

<sup>3</sup> *Miguel Hernández, Antología poética, edición, selección, introducción y notas de Francisco Javier Díez de Revenga, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1992, 422 páginas.*

\* *Fernando Savater: El jardín de las dudas. Planeta, 1993, 248 páginas.*

informativa para una buena parte de los lectores potenciales y para casi todos los fieles de Savater. No obstante, quizá tenga sentido hacer algunas precisiones y comentarios al respecto.

El libro está escrito como una supuesta correspondencia entre el filósofo y literato del siglo XVIII Francisco María Arouet, llamado Voltaire, y un imaginario personaje femenino, la condesa Carolina de Montoro. Este híbrido de novela y biografía demuestra una vez más que los intercambios epistolares, reales o ficticios, pueden resultar interesantes o incluso apasionantes, a pesar de situarse en una posición que niega la acción directa de los personajes y debe limitarse a aceptar la narración de dichas acciones o resignarse sencillamente a ser una novela de aquellas en las que «no pasa nada». Y efectivamente, en el caso presente, apenas sucede nada si no es la conclusión, casi exactamente coincidente, de las vidas de ambos correspondientes y del libro mismo. A pesar de tan triste final, y de las repetidas afirmaciones de Voltaire de estar agonizando y de no haber hecho otra cosa en toda su existencia, rezuma el libro entero un optimismo quizá más propio de Savater que de Voltaire, y una animosa disposición frente a las dificultades y amarguras de este mundo: la mala salud, la pérdida de los seres queridos, las traiciones de los amigos, los fracasos de las ambiciones y esperanzas. Todo ello queda compensado por los pequeños triunfos en la lucha contra las injusticias, las satisfacciones que proporciona el parsimonioso reconocimiento del talento por parte de los contemporáneos o el bálsamo para las heridas sentimentales que representa la admiración del sexo contrario. ¿Voltaire o Savater? No importa, el optimismo es contagioso.

Nada podemos reprochar tampoco a la francesa imaginaria Carolina de Beauregard, esposa del español conde de Montoro, que sabe aguijonear al anciano Voltaire y provocar sus confidencias, si no es lamentar que Savater no haya imaginado una española para el papel, lo cual no creo que hubiera representado un imposible anacronismo. Pero francesa es y en realidad el asunto carece de importancia, pues el peso principal de la correspondencia recae sobre Voltaire que es al fin y al cabo el personaje biografiado.

La magnífica ambientación creada por la erudición de Savater y su conocimiento de la obra de Voltaire así como de la mayoría de sus contemporáneos y de las cir-

cunstancias, hábitos y novedades de la época, hacen que las intuiciones sobre los aspectos más íntimos de la vida y sentimientos de Voltaire, que son, más que su obra, el motivo del interés de la condesa, resulten creíbles y perfectamente integradas en el conjunto. Asimismo alberga el texto, como Savater manifiesta y advierte en la nota final, una buena cantidad de pensamientos y frases literalmente tomadas del propio Voltaire.

No obstante esta fidelidad al personaje y a su época, no se trata de un libro erudito y por lo tanto aburrido o farragoso para los no especialistas. Con muy buen juicio, Savater propone una bibliografía breve al final de su texto, que remite a los principales estudios sobre Voltaire en diversos idiomas y que puede satisfacer a cualquiera que eche de menos un estilo más académico, además, naturalmente, de la información que pueda proporcionar la lectura de las obras y correspondencia auténtica del propio Voltaire. Por otra parte, algunas licencias en cuanto al supuesto lenguaje de época en que debían estar escritas las cartas, permiten una lectura fluida y perfectamente comprensible para el lector actual. Como ejemplo podemos citar algún que otro «usted» en lugar del esperable «vos», o la frase «no tener un real» en lugar de un céntimo o un ochavo o lo que quiera que fuese que traducía al *sou* francés.

Incluso lo que para un lector avezado pueden parecer imprecisiones, como el llamar a Copérnico «ciudadano de la Prusia oriental» (¿acaso no era un polaco de Cracovia?), o llamar a Bernoulli, «Bernouilli», y a D'Alembert, «D'Alambert», o decir que Leibniz afirmaba que «todo está bien» en lugar de decir que vivimos en el mejor de los mundos posibles, resultan ser afirmaciones realizadas por el propio Voltaire y por lo tanto impecables en una supuesta carta suya.

Una última cosa tendríamos que reprochar a la condesa los que sufrimos el vicio de la exactitud académica, y es que a pesar de afirmar que conocía todas las obras publicadas de Voltaire, no hace apenas ninguna alusión a las mismas en sus cartas, e incluso reconoce en algún lugar que no ha leído ninguna de sus obras de historia o acerca de la historia, por ser éste un tema que le aburre sobremanera; aunque en este último caso debemos estarle agradecidos, porque provoca una respuesta de Voltaire, en defensa de su concepto de la historia y del oficio de historiador, apasionante desde todo punto de